

Quiero comenzar agradeciendo la amable invitación de pregonar la Semana Santa en Teruel. Por esta tribuna han pasado egregias personalidades, entre las cuales figuran eminentes cardenales y obispos hermanos que han acercado con talento y belleza su mensaje con motivo de esta cita cristiana sin igual como es siempre la Semana Santa.

No dedicándome yo a estas cosas, y aplicando normalmente mi pluma y mi verbo a otros quehaceres en la cátedra universitaria o ahora en la cátedra episcopal, me he querido preguntar sin retórica sobre en qué consiste este noble menester. Así lo hice cuando tuve que pregonar otra vez con motivo de otras fechas y otras fiestas. El oficio de pregonero siempre ha entrañado un riesgo que inevitablemente hacía y hace que nos prevengamos antes de dar oído y crédito a lo que se nos pueda comunicar. El pregonero, como dice su acepción en el diccionario de la Real Academia Española, es el “que publica o divulga una cosa que se ignoraba”, es decir, “el que en alta voz da los pregones, publica y hace notorio lo que se quiere hacer saber a todos”. Y es aquí en donde entra la cautela: depende lo que nos quiera contar el pregonero, así hará festivo o nefasto nuestro escuchar. Por eso, digamos antes de nada qué tipo de pregonero es el que aquí nos proponemos ejercer en esta noche.

No vengo para pregonar una verdad que pudiera tener tan sólo mi medida, ni una belleza que sólo contase con la firma de mi ingenio, ni una bondad que sin más coincidiese con mi escasa virtud. La grandeza del pregón que quiero comunicar, consiste en que aunque lo canten mis labios, no me tiene a mí como autor, sino que me obliga a ser también oyente de una historia pregonada que coincide con la historia del mismo Dios. Ser pregonero de una Verdad, de una Belleza y una Bondad, que también se me dan a mí como gracia y como don, constituyéndome simplemente en su humilde vocero, es decir, en su portavoz.

Y como se dice en mi Madrid natal, que a las ocho de la tarde o das tú una conferencia o en caso contrario te la dan, no quisiera que este breve rato que pasaremos juntos sea reducido al toma y daca de un hablar por hablar. Ojalá que lo pregonado encuentre hueco, y que sirva. Ustedes dirán.

Bueno, pues en el camino estamos, haciendo la senda cuaresmal mientras llegamos ya a sus últimos recodos. Van quedando atrás ya las charangas que pusieron sus notas de desenfado con más o menos gusto e ingenio en el pasado carnaval. Siempre que nos asomamos a las cenizas y los carnavales del comienzo de la cuaresma, podría parecer que estamos como ante una pugna, ante ese pulso que cada año dicen que volvemos a plantear los cristianos frente a todos. Es fácil endosarnos una especie de uniforme oscuro, en divisa cenicienta, que tal vez podría dar la apariencia, ya con el mismo atuendo, que somos gente dura, gente triste, amiga siempre del recorte de cualquier abundancia. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Así se nos caricaturiza en no pocos foros de la opinión pública. Pero, evidentemente, no nos reconocemos en tal.

Para no pocos, la cuaresma es como una especie de secular venganza de la Iglesia contra la alegría, contra la visión optimista y desenfadada de la existencia. Llega la cuaresma cristiana y su mensaje sigue resultando extraño para tanta gente. Tanto que, algunos organizan su correspondiente vacuna folclórica: se sacan las coreografías del carnaval al uso, con disfraces, caravanas divertidas, bacanales a medida, desenfrenos de encargo y orgías pagables con tarjeta de crédito.

¿Y los cristianos? Dale con su cuaresma, con su ayuno y abstinencias, con sus limosnas y su oración. Quien tuviera que hacer una crónica apresurada de este escenario, tendría un fácil titular periodístico: la vieja batalla entre la vida y lo mortecino, entre la señora cuaresma y don carnal, entre la libertad y los diez mil mandamientos, entre el paraíso fiscal y el penal

de todos los “ivas”. Así las cosas, es justo y necesario que nos preguntemos si somos tan extraños y obsoletos de verdad. ¿La Iglesia nos embarca cada año a un viaje triste y sin final?

No faltarán los que alardeando, tal vez, de cuatro ideas religiosas prendidas del baúl de sus pretéritos, digan incluso: pero, después de todo, ¿no ha resucitado Cristo ya? ¿A qué vienen, pues, todas estas alharacas cenicientas en las que la Iglesia se empeña cada año? Y surge casi inevitable la inevitable conclusión: los cristianos han perdido el tren de la vida, repiten sus trasnochadas cantinelas, y sus musas son sirenas de la nada.

Hemos de decir que sí, que los cristianos creemos que Cristo ha resucitado. Pero nosotros no. En nuestra vida quedan aún tantas cosas que tienen pendiente la pascua del Señor, tantas zonas en las que su luz resucitada no ha podido entrar iluminando. Nos disponemos a hacer este camino cuaresmal con la alegría de un evidente realismo que deja fuera cualquier hipocresía, sin disfraces ni caretas: necesitamos resucitar también nosotros. Y lo queremos hacer andando el camino de Jesús. No creemos en una alegría fugaz, de prestado, que se pone como una careta para disfrazar una realidad mucho menos halagüeña. Creemos en una alegría que es fruto de la verdad, de la verdad de nuestra vida, porque sólo la verdad nos hace libres y nos da esa alegría que nadie nos podrá arrebatar.

La cuaresma que nos aprestamos a concluir, no es un túnel negro e inevitable que cada año hemos de recorrer los cristianos. Es un camino por el que volvemos a tomar el sendero que habíamos perdido, la paz que habíamos quebrado, la belleza que habíamos manchado, la bondad que habíamos embrutecido y la fidelidad que habíamos traicionado. Todos tenemos, en mayor o menor medida, necesidad de volver, esa vuelta que en el lenguaje cristiano llamamos conversión. Volver a Quien dejamos en la aventura de vivir como jirón a pedazos. Volver a empezar dejándonos abrazar por una misericordia perdonadora infinitamente mayor que todos nuestros traspies pecadores juntos.

Hace ya cinco semanas nos volvimos a poner en camino. De nuevo la Cuaresma se nos colocaba delante como una especie de inevitable dirección única para los cristianos, mientras que de soslayo tratábamos de disimular una mirada burlona o compadecida de quienes desde las fanfarrias de la jarana carnavalera dicen no entendernos. ¿Tendrán razón acaso quienes tan mal o tan piadosamente nos miran? ¿Quién de entre nosotros podría decir en verdad la razón veraz del porqué de una nueva Cuaresma con la que nos hemos colocado aquí ya, en las vísperas de la Semana Santa que esta tarde pregonamos?

Y mientras nos las tenemos con estas nuestras cábalas, los de la jarana seguirán hacia delante con su desenfadado cortejo brindando y volviendo a brindar por sus jolgorios fugaces sí, pero que no están dispuestos a dejar escapar.

Siempre me ha impresionado este distanciamiento grave con el que los cristianos nos posicionamos en esta época del año, cuando volvemos a comenzar entre ayunos cenicientos los cuarenta días cuaresmeros que culminan en los días de pasión de nuestra Semana Santa. Es posible que aparezcamos como los *pepitos grillos* de la vida, y que ante no pocos nosotros los cristianos seamos gente taciturna, más proclive al examen de la conciencia que a las canas al aire, pero, en cualquier caso, el gesto con el que cada año iniciamos este tiempo especial, no tiene un trasfondo peleón de acritud ante la vida, como si nuestra condición creyente nos impidiese o vetase algo tan sencillo y tan humano como el gozar.

Nos metemos en estos andurriales cuaresmales y semanasanteros no porque la jarana de carnaval que ya caducó -como siempre- nos parezca un exceso, sino porque nos sabe a demasiado poco. No nos asiste una actitud reaccionaria, sino una postura realista: nuestro corazón no nos perdonaría jamás que a su infinita exigencia de felicidad la entretuviésemos con un contento que termina, con una alegría que lleva inscrita por doquier su camuflada fecha de caducidad.

No logramos nacer a lo que en verdad sueña nuestro adentro. No llegamos a conseguir por nosotros mismos la realización de un destino para el que hemos nacido y al que nos es imposible renunciar. Este ensueño del corazón humano, corazón inquieto hasta que descansa

en Dios, como decía el gran san Agustín, tiene nombre de paz, a ternura sabe, luminoso y claro es su color, en permanente deuda de quien endeudándonos nos hace libres como nadie y de verdad; un ensueño que no es privado sendero de felicidades egoístas sino que se abre de par en par hacia todas nuestras direcciones recorribles: la que nos lleva y nos trae hacia el Misterio de Dios mismo, la que nos recorre y nos sorprende en el encuentro con el hermano y el amigo, la que nos adentra y nos comparte en la conciencia personal más nuestra; un ensueño tan viejo como eterno es Dios, porque esta fue su huella que nos dejó señalada en nuestro barro fresco aún como si de una firma se tratase cuando nos creó de arcilla, nuestro divino Alfarero; un ensueño mil veces intuido y otras mil veces extraviado, confundido y traicionado; un ensueño que nos constituye, que nos pone en pie cada mañana para volver a la hazaña peregrina y aventurera de vivir y de convivir.

Todo ese ensueño que forma nuestro origen, el de cada hombre y cada mujer y el de la historia toda de la humanidad, es el que nos empuja a buscar adecuadamente el camino que nos lleve a nuestro destino cierto, a ese para el que fuimos hechos y para el que nacimos. Y por esta razón, por la certeza evidente de ser muy vulnerables a tantos señuelos, débiles y cansinos ante tropiezos y enredos, por esta razón, precisamente por amor hacia lo mejor de nosotros mismos, la Iglesia nos ha vuelto a proponer un año más la Cuaresma en la que estamos ya al final de su carrera cuando miramos tan cerca la Semana Santa.

No, no tenemos un rancio complejo de estar al margen de determinadas grescas, porque —insisto— no es su exceso el que nos amilana o asusta, sino su cortedad y chantaje el que con serena lucidez nos desengaña. Todas esas cosas mejores de nuestro corazón y nuestra vida, lo son porque participan ya del triunfo pascual de Jesucristo, pero a fuer de ser sinceros, o sencillamente veraces, no todo lo que hay en nosotros o entre nosotros, goza de esa luz resucitada y se deja abrazar por esos brazos desclavados para siempre del madero de la muerte.

No queremos, entonces, que este tiempo en el que estamos, nos pase sin pena ni gloria un año más, porque la Semana Santa de este año es única, como únicas son nuestras preguntas, nuestras cuítas, nuestros retos y desafíos, nuestras lágrimas y sonrisas.

Lo he dicho ya en otro foro, y lo repito para no olvidarlo jamás: Parece que estamos ante una repetición cansina de los ritos y escenarios que se vuelven a dar cita una y otra vez. Nos pasó lo mismo en la pasada Navidad: que llegaba el período del turrón y el villancico, engalanamos nuestras calles de luz y purpurina multicolor y nos pusimos todos blanditos con el “vuelve a casa, vuelve, porque es la Navidad”. Así, sin más, así y porque sí, porque tocaba en las calendas. Y ahora nos llega con la misma inercia este otro período que no por más primavera deja de ser igualmente cíclico: la Semana Santa. Cambiaremos los dulces navideños por las torrijas de la ocasión, y haremos chinchines no con burbujas de cava festiva, sino con vino añejo o ponche sin más guarnición. Pero..., nos asalta de nuevo la duda: que propiamente no ha cambiado mucho la cosa, aunque varíe discretamente el menú. ¿Es así realmente? ¿Nos situamos así, pasivamente asomados al tiempo que transcurre sin más, aceptando resignados el transcurrir de los días entre canas que aparecen y artrosis que no se van, mientras nos movemos de la Navidad a la Semana Santa año tras año, ni más ni más?

Este es al menos el riesgo que siempre tenemos los creyentes cuando vamos una y otra vez celebrando las fiestas de nuestro calendario cristiano. Es cierto que habrá ciertos escenarios litúrgicos y de piedad popular que serán los mismos: la austeridad de la liturgia, los gestos cuaresmales que se hacen más intensos en la Semana Santa con oraciones, limosnas y ayunos, las procesiones. Escucharemos la Pasión, y volveremos a recordar el corazón de nuestra fe cristiana. Todo eso, este año también. Sí, es verdad, el paisaje puede ser el mismo, al que nuevamente nos volvemos a asomar. Pero hay una inflexión de novedad: la que cada uno de nosotros es. Puede ser idéntico el paisaje, pero no así el paisanaje. Lo que contemplamos desde nuestro balcón puede ser aproximadamente lo mismo, pero no así quienes lo contemplamos. Un año no pasa jamás en balde en la vida de una persona, y esta sería la actitud más inteligente y piadosa desde la que deberíamos prepararnos para asistir a estas fechas centrales

de nuestra fe. Porque, ¿qué hay detrás de la retina de los ojos que verán pasar otra vez la procesiones de años anteriores?; y, ¿qué latires palpitan los corazones de la gente de hoy cuando se asomen o nos asomemos a las procesiones de ayer y de siempre?

En la procesión de la vida, siempre hay pasos nuevos, que junto a los de siempre van desfilando ante el asombro de nuestra curiosidad y de nuestra inquietud. No es fácil el reparto de la puesta en escena de cada año. Es la misma vida y sus circunstancias, en medio de las cuales anda Dios, la que se encarga de hacernos el contrato a cada rato para invitarnos a actuar. El guión no tiene por qué ser complicado. Muchas veces hacemos la representación en nuestro escenario más cotidiano, y junto a los prójimos más próximos que habitualmente aparecen en nuestras andanzas de familia, de trabajo, de amistad o de vecindario. Esta es la procesión de cada día.

Por eso, contemplar en estos días de Semana Santa las diversas procesiones que nos acercan tantos pasos de la pasión del Señor Jesús, debería ser para un cristiano una ocasión para saber situarse en su propia procesión. No necesitamos unos días de evasión sino algo que nos ayude a vivir el significado de cuanto nos acontece, algo que sencillamente no nos saque de la vida, sino que nos la ayude a vivir. Porque toda fuga sin más, no soluciona las dificultades sino que aplaza una y otra vez esa solución, con el agravante de que un aplazamiento indebido puede terminar enquistando los problemas hasta hacerlos crónicos.

Miremos, sí, esas escenas del precio del amor con el que fuimos redimidos y salvados, y ojalá que como han hecho los santos, también nosotros sepamos mirarlas no como algo lejano y ajeno a cada cual, sino que descubramos que esa historia se escribió y se vivió hasta el final pensando en mí, en mí con mi nombre, con mi edad, con mi situación más biográficamente mía. Detrás de cada uno de los momentos que en estos días se nos relatarán de la vida del Señor, hay una entrega real que nos tiene a cada uno como destinatario.

Es hermosa la cita que hace el Papa Benedicto XVI en su última encíclica *Spe salvi*, cuando relata el cambio profundo que experimentó aquella esclava Bakhita: «Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un “Paron” (amo) por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el “Paron” supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa» (*Spe salvi* 3).

Somos los destinatarios de esa historia que no sólo sostiene en nosotros la espera de que algo suceda para nuestro bien, sino la certeza de que somos nosotros esperados por ese Bien que tiene rostro, entraña y corazón, ese Bien que coincide con Dios mismo de quien somos peregrinos.

A través de tantas Semanas Santas vividas atrás cuando niños, cuando jóvenes, cuando adultos, ¡cuántas cosas y recuerdos se nos agolpan de repente a cada cual cuando echamos la mirada atrás por un instante! Nuestra vida ha tenido no pocas novedades en los rincones más íntimos y personales, así como en las plazas más públicas y sociales. La vida no ha pasado en balde ni porque sí, sino sembrando en mi surco su mensaje de bondad o de terror. Los nombres de cuanto a través de nuestra vida nos ayudó a crecer o nos empequeñeció, lo que nos hace libres o lo que nos hipoteca en sutil esclavitud, lo que nos permite mirar con esperanza o lo que nos acorrala con su temor, lo que nos hace sencillos e inocentes y lo que nos presta su cinismo o su escepticismo... todo eso está ahí, detrás de nuestros años atrás.

Pero es precisamente ahí en la historia de nuestra propia vida donde se nos quiere sembrar como se siembra una semilla buena, la historia más grande del amor jamás contada... porque está sin acabar. Participemos con verdadero sentido religioso en todas las muchas iniciativas con las que la piedad de nuestro Pueblo cristiano irá jalonando los días de Semana Santa; participemos de modo especial en los oficios litúrgicos de estos días; y saquemos algún rato para orar más en silencio el encuentro personal con el Señor. Sin duda que nuestra vida concreta y lo que a diario la abraza, tendrá de nuevo una luz y una fuerza que, sin evasiones, nos permita esperanzadamente caminar junto al Señor resucitado que se presentó como Camino y también como caminante junto a mí.

Suenan nuevamente los sonos de tambores y cornetas –¡cómo no decirlo aquí en Teruel!- que volverán a llenar nuestras calles de su música marcial de la marcha que procesiona. Y como complemento escenográfico, otra vez veremos desfilar a romanos, hebreos y sibilas que por unos breves instantes nos harán viajar a un ambiente tan lejano en el tiempo y tan distante en el espacio, como la Jerusalén de hace dos mil años. ¿A cuento de qué tanto aparato? ¿Por qué procesionan así los que engrosan la procesión? Y entonces viene el añadir como una especie de clave, algo así como la llave, que nos desliza respetuosamente una interpretación. No sólo es el vaivén de la soldadesca romana, ni los atavíos judíos con ropas tan de ayer, sino que especialmente y sobre todo, irán los pasos, los célebres pasos de la Semana Santa turolense tan conocidos y apreciados allende nuestros límites provinciales y regionales.

En esos pasos, auténticos grupos escultóricos con el talento de nuestros mejores artistas, se nos viene a recordar el por qué de todo este ambiente, más aún, el por Quién que se deletrea para el que leer quiere: una vieja historia que nunca envejece, porque narra el amor con el que el Hijo de Dios quiso decirnos tantas cosas, y todas para nuestro bien y felicidad.

Nos asomaremos con ojos creyentes, volviendo a recordar lo que tan fácilmente olvidamos de aquella primera procesión cristiana que tuvo en vivo y en directo al mismo Cristo en su Pasión. Y lo haremos también con corazón agradecido, porque no nos resulta ajeno aquel drama del Señor Jesús, cuando en su entrega amorosa había una factura que llevaba nuestros nombres insolventes, y que Él quiso arrebatarlos para pagar hasta el último céntimo de nuestra deuda poniendo hasta la última gota de toda su sangre redentora como quien paga así sin monedas de traición.

De aquella procesión primera, que en estos días veremos plasmado su remedo en el trájín de nuestras calles principales, deberemos luego acertar a entrar en nuestra procesión cotidiana, la que cada día nos trae con sus sonos y personajes aquello que llena nuestro tiempo y nuestro afán, con la gente que más queremos o la que más tememos, con aquello que nos hace soñar o lo que nos sume en pesadillas. Mirando la procesión de Jesús, debemos entrar en la nuestra propia.

Habrán personas que sólo vean en el ambiente de la Semana Santa un folklore religioso que vagamente les evocará un difuso cristianismo. Son las personas que se acercan a estos días sin más horizonte que la curiosidad o acaso el aprecio cultural que estas fiestas también entrañan. Con todo el respeto hacia quienes no ven ni quieren ver nada más, los que hemos recibido el don de la fe y en ella deseamos seguir creciendo, hemos de saber contemplar algo más que una escenografía propia del tiempo, e ir al meollo, al corazón de un mensaje que incluso plásticamente se nos ofrece en el deambular de nuestras calles, en el Coso y en nuestras cosas.

Es la Semana Santa cristiana, ese gran espejo en el que nos volvemos a mirar todos, pidiendo al Señor que si nosotros nos asomamos al recuerdo de su primera procesión, queremos y necesitamos que Él se asome también a la nuestra, y que sea nuestro cireneo, o nuestra verónica, o nuestro silencioso y divino compañero, para que ni ante Él ni ante nuestros hermanos todos jamás representemos a un Judas que traiciona o a un Pilato cobarde y comodón.

El final de su procesión, nos ilumina para entrever el final de la nuestra, y esa luz resucitada con olor a tierra amanecida, nos permite caminar serenos y esperanzados, porque sabe-

mos que la última palabra tras todas nuestras cuitas, se la ha querido reservar Jesús, para que como dice el salmo, se nos quiten todos nuestros sayales y lutos, y ser revestidos al fin de danza y de fiesta.

El silencio en el que tantas veces nos sorprende la dureza de la vida en sus procesiones más crueles, no es una fase ciega y fatalmente inútil, sino que se torna en extraña condición para escuchar la que propiamente es Palabra final: la que Dios se ha reservado. No es este silencio el postrero destino de Dios y del hombre, cuando ya nada queda por decir, cuando nada verdaderamente se puede insinuar. Hemos, pues, de asomarnos a la historia para atrevernos a escuchar lo último, lo definitivamente elocuente ya.

¿Cómo ha sido la respuesta de Dios a esta trama trunca en la que se ha dado el trueque del sueño bendito del Creador por una pesadilla maldita de la historia de los hombres? ¿Cómo nos habla Dios que procesiona junto a nosotros en nuestros mil vericuetos y senderos?

El hombre, al traicionar aquel proyecto de felicidad que se le brindó y se le inscribió en el corazón, es como si en la conversación de ese Dios que crea las cosas diciéndolas, hubiera introducido un exabrupto, un grito grosero y blasfemo que llega a romper el hilo argumental que el Creador y sus criaturas estaban gozosamente compartiendo. Pero Dios no sólo no se fugó del corazón de su criatura fugitiva, sino que no ha cesado de intentar de mil modos darle nuevamente la palabra como quien vuelve a comenzar. Y así, todo un sinfín de mensajeros le fueron trayendo el eco de *buenas noticias*, introduciendo así los guiños por los que Dios iba llamando a sus hijos con la paciencia propia de un Padre que al tiempo era Dios.

San Juan iniciará el prólogo de su Evangelio con esa expresión tan bella y desconcertante: «El Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros». La Palabra de Dios se hizo carne humana, se hizo historia de hombre, se hizo niño. Y la Sabiduría del eterno Dios tendrá que sentarse en las aulas de nuestros saberes para aprender a decirse a sí mismo con nuestros gestos y palabras. De modo que pasó haciendo el Bien, quien fuera la Bondad primera, y nos devolvió el asombro, la dignidad y el indómito instinto de ser libres de verdad. Entre parábolas que todos entendían, y palabras que abrían a la Vida, el Verbo de Dios, su Palabra más última y más primera, haciéndose nuestra carne, se hizo hogar, se hizo pan y se hizo herida. Y así nos fue contando, como se narra un cuento serio y bueno, lo mucho que le importamos a Dios, más que las estrellas, más que los pájaros y los lirios.

Estamos ante el paradójico y feliz desenlace del Eterno Dios que en su Hijo se ha hecho Palabra y Silencio, cifrando en Jesucristo todo cuanto tenía que decirnos o tenía que callar. Por eso, frente al mal en cualquiera de sus manifestaciones, no encontramos a un Dios que se fuga o se inhibe, sino a un Dios que en su Hijo ha querido con-sufrir y com-padecer la suerte de quienes haciéndose uno con ellos serán para siempre sus hermanos, hijos adoptivos del mismo Padre. Dios no ha respondido a la pregunta del hombre con un discurso retórico o teórico, sino con su misma vida históricamente encarnada en Jesucristo. Todo cuanto Él ha tenido que decirnos nos lo ha dicho en la palabra y el silencio del Hijo de Dios.

La Palabra por antonomasia, el Verbo de Dios, nos dijo de tantos modos lo mismo. Fue un canto bienaventurado, que secó las lágrimas de los más pobres, y abrigó la esperanza de los más mendigos. A los ciegos de todas las cegueras les abrió los ojos para salieran a la luz que alumbraba sin deslumbrar. A los cojos, a los mancos, a los lisiados, les permitió saltar, y abrazar y volver a brindar por el regalo de la vida. A los errados que no maquillaron sus trampas les permitió renacer a la verdad sincera. Y a cuantos no habían entendido, o lo hicieron mal o lo hicieron tarde, para todos tuvo una palabra a tiempo, como quien se reserva la palabra última con perdón de cielo. Palabra de Dios y palabra de hombre a la vez. Palabra eterna que se hizo tiempo. Palabra acampada en nuestros descampados inciertos, haciendo el milagro de poder ver en el trasiego de nuestros conflictos y contiendas, su gracia de paz hecha encuentro y hecha tienda.

Pero su palabra y su silencio son para nosotros, la luz que alumbra sin deslumbrarnos, la paz que no pone precio ni componenda con quienes hacen mapas del terror, el perdón como gesto revolucionario capaz de volver a empezar lo que se creía perdido. Esa palabra y ese silencio son la compañía de Dios en la procesión de la vida. Dichoso el que la escucha y la respeta, dichoso el que se deja por ella acompañar. Porque tras todos los pasos de nuestra Semana Santa, sabemos que Dios nos ofrece uno más y primero: el que viene tras todas las muertes, el paso resucitado que nos adentra en la tierra feliz de la que nuestros pies fueron peregrinos sabiéndolo o no. Y eso es lo que pedimos al Señor al comienzo de nuestra Semana Santa turolense.

Queridos amigos, el pregón de Semana Santa que viene a abrir estas fiestas entrañables, nos acerca una palabra que yo no podría susurrar, y nos acerca también un silencio que yo no podría contener. Por eso, he querido ser sencillamente un humilde pregonero de lo que Dios nos dice por amor o lo que por amor también nos calla.

Os deseo de corazón una feliz Semana Santa para poder brindar más felizmente todavía por la Pascua de quien resucitó su muerte y la nuestra.

El Señor os bendiga y os guarde. Por su atención, muchas gracias.

+ Jesús Sanz Montes, ofm  
Obispo de Huesca y de Jaca  
Teruel, 15 de marzo de 2008